



JOSE MARIN CAÑAS

# "A dos puyas no hay toro bravo"

Con motivo de un desvencijadito, trastabillante y modoso desahogo publicado bajo el título, (muy atractivo, por cierto) de "Vote a perder", me han hecho el honor —en el periódico "La Hora", dos escritores de los que conozco a uno, don Alberto Cañas y desconozco al otro, "El editorialista"—, de combatir mi idea expuesta con un torrencial aporte de razones, todas ellas muy puestas en su punto, para demostrar inexorablemente la realidad de ese lugar común que constituye el "slogan" de la pasada campaña publicitaria liberacionista: "Vote a ganar".

Los dos artículos, ("Votemos a ganar", en dos columnas de tres pulgadas y en tipo doce) y ("Vote a perder", en texto de doble columna en tipo 10 — muy apretado por cierto) los he leído con el respeto que despierta en mí, al par del fervor por estudiarlo, aquello que se refiera para bien o para mal, a alguna modesta intervención mía en la hoja diaria, siempre que estén dentro de normas de educación. Hago hincapié del tono de ambos, uno más que el otro, porque tal planteamiento me induce a volver al tema, sin que sea mi ánimo el entablar polémica. A los ignaros —¡qué bello y sutil eufemismo me ha salido!— cuando escriben malacrianzas, los leo y les comprendo su angustiada lucha.

Estoy plenamente de acuerdo que disientan de mi criterio. No podría ser de manera distinta. Ya Cañas dijo que este gacetillero era "un escritor a contrapelo"; y por si fuera poco, enumeró a los rebeldes de siempre: "Mario Sancho, Mario Alberto Jiménez y este cura". Esto no quiere decir en modo alguno que hayamos estado a las greñas en los campos literarios. Somos amigos; viejos amigos. Fuimos juntos a la lucha electoral del 48, al través del comité de prensa de aquella fragorosa y cruenta campaña. Llevado por mi aprecio y respeto a su obra, lo he defendido en el campo de las letras. Cañas, a su vez, ha tratado mis obras no en relación a sus méritos, sino en función de su generosidad e hidalguía.

Pero en este punto de la encrucijada en que nos encontramos, el gacetillero de un lado y solo; y al frente el escritor de nombre y el "editorialista", quiero decir antes que decir cualquier otra cosa, que lo que produce el enfrentamiento es la condición de mis entrañables enemigos, de ser políticos. Se han dedicado a la política. Gustan de la política. Han triunfado, subido, bajado, caído, vueltos a subir, en ese subibaja de la política que le pone a uno frío el píloro con las derrotas. Y como es natural, creen en ella, viven en ella; a veces, viven de ella; y diré, tal vez exageradamente, que mueren por ella. En cambio, este oscuro y modesto monago y sacristán —que de los dos hace— ni gusta, ni cree, ni vive, ni sube ni baja ni se hace mala sangre por ella. Una única vez tomó parte como beligerante porque la patria necesitaba hasta de los más modestos ciudadanos para librarse de una situación patética.

En todos los demás casos; ni entré ni salí en la lucha. Voté por obligación ciudadana con lo que me parecía de mejores posibilidades para la Patria, en cuanto al hombre y al partido. No me fue necesario nunca ganar. Mis batallas, mis luchas privadas y solitarias con la vida, ni se menguaban ni se convertían en triunfos de ocurrir semejante cosa.

Si miramos dos veces ambos artículos, encontramos el de Cañas mejor delineado, de dialéctica más contundente y directa. El "Editorial" está contradictorio, un poco desorganizado y excesivamente largo para un tema tan breve. Por ejemplo, dice: "Es falso que antes del 40 votaran sin preocuparles el ganar o perder". Pero más adelante se le escapa esta frase: "El sentimiento del gane se les despertó, es cierto, después del 40". En otro sitio aduce: "El florecimiento de nuestras libertades, desde que iniciamos los pasos de vida independiente, desde que el primer Jefe de Estado..." Ya al final, asegura: "Vote a ganar independencia, ganar libertad, a ganar derechos". Pareciera que la libertad y la independencia son derechos que el costarricense necesita ganar ahora, cuando los ganó desde el lejano ayer. Hay otra frase muy impresionante: "En la etapa de la democracia política, el voto sirvió para que una reducida minoría se hiciera dueña del poder económico y político y la gran mayoría viviera del jornal sin acceso a la propiedad de nada". Esta referencia apunta hacia nuestra era institucional elaborada por nuestros patricios. Si el "Editorialista" se expresa así de nuestra época institucional, o desconoce nuestra historia y los varones de ella, o es forastero o marxista.

A pesar de estos errores, tiene una frase redonda y feliz: "La política es, y siempre ha sido, un juego de grandes intereses". Esto es exacto, por lo que veo, pues si antes acapararon el poder económico y político, este fenómeno se repite hoy multiplicado por cien mil. De manera que amén de exacto, es irrefutable, incontrovertible. Parece que hasta inatajable. Hoy el Gobierno controla el dinero, las armas, el petróleo, los seguros, el Congreso, las municipalidades, los hospitales, etc. Nunca se vio un poder más dilatado que ahora. Por ser un juego de grandes intereses, el que escribe nunca tomó parte en ese juego, pese a haber recibido en las políticas pasadas y sobre todo en esta de hoy, invitaciones numerosas a entrar en él. Lo que dice el "Editorialista", abstracta y genéricamente es una verdad como un templo.

Don Alberto Cañas lo hace muy bien y no tengo que decir nada. Su opinión y filosofía es la de un entusiasta liberacionista, y se expresa fiel al credo. Yo respeto su pensamiento. Lo único en que registra una situación que puede ocasionar dos opiniones contrarias es en lo de don Alberto Echandi y don León Cortés. Ambos costarricenses prefirieron DAR UN EJEMPLO, que presentar una batalla. Don Alberto Cañas se inclina por la batalla y aduce buenos argumentos. El que escribe, se inclina por el "ejemplo". Batallas hay muchas. Ejemplos hay pocos. Ninguno de los dos escogió la lucha, porque las batallas deben darse cuando el campo y las circunstancias son de uno. Napoleón nos lo aconsejaba así a sus amigos.